

Émile Zola. El naturalismo
Península, Barcelona, 1972

LA NOVELA EXPERIMENTAL

A menudo he hablado, en mis estudios literarios, del método experimental aplicado a la novela y al drama. El retorno a la naturaleza, la evolución naturalista que arrastra consigo el siglo, empuja poco a poco todas las manifestaciones de la inteligencia humana hacia una misma vía científica. La idea de una literatura determinada por la ciencia sólo puede sorprender si no se precisa y se comprende. Me parece útil decir, pues, claramente lo que se debe entender, en mi opinión, por novela experimental.

Sólo tendré que hacer un trabajo de adaptación, ya que el método experimental ha sido establecido con una fuerza y una claridad maravillosas por Claude Bernard en su *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*. Este libro, escrito por un sabio cuya autoridad es decisiva, va a servirme de base sólida. Encontraré en él toda la cuestión tratada, y me limitaré a dar las citas que me sean necesarias como argumentos irrefutables. Se tratará, pues, de una compilación de textos; ya que cuento escudarme, en todos los puntos, detrás de Claude Bernard. A menudo me bastará con remplazar la palabra «médico» por la palabra «novelista» para hacer claro mi pensamiento y darle el rigor de una verdad científica.

El hecho de que precisamente la medicina, a los ojos de un gran hombre, sea todavía un arte como la novela, ha determinado mi elección y la ha determinado en la *Introduction*. Claude Bernard ha buscado y ha combatido durante toda su vida para hacer entrar la medicina en una vía científica. Asistimos, así, a los balbuceos de una ciencia que se va desprendiendo poco a poco del empirismo para fijarse en

Método
experi-
men-
tal

la verdad, gracias al método experimental. Claude Bernard demuestra que este método aplicado en el estudio de los cuerpos brutos, en la química y en la física, debe serlo igualmente en el estudio de los cuerpos vivos, en fisiología y en medicina. Voy a intentar demostrar a mi vez que, si el método experimental conduce al conocimiento de la vida física, también debe conducir al conocimiento de la vida pasional e intelectual. Se trata solamente de una cuestión de grados en la misma vía, de la química a la fisiología, después de la fisiología a la antropología y a la sociología. La novela experimental está en la meta.

Para mayor claridad, creo que debo resumir brevemente aquí la *Introduction*. Será más fácil captar las aplicaciones que haré de los textos si se conoce el plan de la obra y las materias de que trata.

Claude Bernard, después de haber declarado que la medicina entra, en lo sucesivo, en la vía científica apoyándose en la fisiología y gracias al método experimental, establece, de entrada, las diferencias que existen entre las ciencias de la observación y las ciencias de la experimentación. Y llega a concluir que la experiencia en el fondo no es más que una observación provocada. Todo el razonamiento experimental está basado en la duda, ya que el experimentador no debe tener ninguna idea preconcebida frente a la naturaleza y tiene que guardar siempre su libertad de espíritu. Acepta simplemente los fenómenos que se producen cuando están probados.

Acto seguido, en la segunda parte, aborda su auténtico tema al demostrar que la espontaneidad de los cuerpos vivos no se opone al empleo de la experimentación. La diferencia proviene únicamente de que un cuerpo bruto se encuentra en el medio exterior y común, mientras que los elementos de los organismos superiores se hallan en un medio interior y perfeccionado, pero dotado de propiedades fisicoquímicas constantes, al igual que el medio exterior. A partir de ello, existe un determinismo absoluto en las condiciones de existencia de los fenómenos naturales, tanto para los cuerpos vivos como para los cuerpos brutos. Bernard llama «determi-

nismo» a la causa que determina la aparición de los fenómenos. Esta causa próxima, como la llama, no es otra cosa que la condición física y material de la existencia o de la manifestación de los fenómenos. El principio de la medicina experimental, el término de cualquier investigación científica es, pues, idéntico, tanto para los cuerpos vivos como para los cuerpos brutos: consiste en encontrar las relaciones que vinculan un fenómeno cualquiera con su causa próxima, o, dicho de otra manera, en determinar las condiciones necesarias para la manifestación de dicho fenómeno. La ciencia experimental no debe inquietarse por el *porqué* de las cosas; sólo explica el *cómo*.

Después de haber expuesto las consideraciones experimentales comunes a los seres vivos y a los cuerpos brutos, Claude Bernard pasa a las consideraciones experimentales especiales en los seres vivos. La gran y única diferencia es que en los organismos de los seres vivos hay que considerar un conjunto armónico de fenómenos. Trata, acto seguido, de la práctica experimental sobre los seres vivos, de la vivisección, de las condiciones anatómicas preparatorias, de la elección de los animales, del empleo del cálculo en el estudio de los fenómenos, y por último, del laboratorio del fisiólogo.

Después, en la última parte de la *Introduction*, Claude Bernard da ejemplos de investigación experimental fisiológica, para apoyar las ideas que ha formulado. Ofrece, acto seguido, ejemplos de crítica experimental fisiológica. Y termina indicando los obstáculos filosóficos con los que topa la medicina experimental. En primer término, expone la falsa aplicación de la fisiología en la medicina, la ignorancia científica, así como ciertas ilusiones del espíritu médico. Por otra parte, concluye diciendo que la medicina empírica y la medicina experimental no son incompatibles sino, por el contrario, deben ser inseparables una de otra. La última frase del libro es que la medicina experimental no responde a ninguna doctrina médica ni a ningún sistema filosófico.

Este es, por encima, el esqueleto de la *Introduction* despojado de su carne. Espero que esta rápida ex-

posición bastará para colmar los vacíos que mi manera de proceder producirá fatalmente; ya que, naturalmente, sólo tomaré de la obra las citas necesarias para definir y comentar la novela experimental. Lo repito, sólo se trata de un terreno sobre el que me apoyo, el terreno más rico en argumentos y en pruebas de todas clases. La medicina experimental que empieza a balbucear puede darnos una idea exacta de la literatura experimental que, todavía en el huevo, no ha llegado ni siquiera al balbuceo.

I

Ante todo, la primera pregunta que parece plantearse es ésta: en literatura, en la que hasta hoy la observación parece haber sido empleada en exclusiva, ¿es posible la experiencia?

Claude Bernard discute largamente sobre la observación y la experiencia. Existe, de entrada, una limpia línea de demarcación. Es esta: «Se da el nombre de *observador* a quien aplica los procedimientos de investigaciones simples o complejas al estudio de fenómenos que no hace variar y que recoge, en consecuencia, tal como la naturaleza se los ofrece; se da el nombre *experimentador* a quien emplea los procedimientos de investigaciones simples o complejas para hacer variar o modificar, con un fin cualquiera, los fenómenos naturales y los hace aparecer en circunstancias o en condiciones en las que la naturaleza no los presentaba.» Por ejemplo, la astronomía es una ciencia de observación porque no se concibe a un astrónomo que actúe sobre los astros; mientras que la química es una ciencia de experimentación, pues el químico actúa sobre la naturaleza y la modifica. Tal es, según Claude Bernard, la única distinción verdaderamente importante que separa a un observador de un experimentador.

No puedo seguirle en su discusión de las diferentes definiciones dadas hasta hoy. Como ya he dicho, termina por concluir que la experiencia, en el fondo, no es más que una observación provocada. Cito: «En el método experimental, el examen de los hechos, es decir, la investigación, se acompaña siempre con un

razonamiento de manera que, ordinariamente, el experimentador hace un experimento para controlar o verificar el valor de una idea experimental. Entonces se puede decir que la experiencia es una observación provocada con un propósito de control.»

Por lo demás, para llegar a determinar lo que puede haber de observación y de experimentación en la novela naturalista, sólo tengo necesidad de los pasajes siguientes:

«El observador constata pura y simplemente los fenómenos que tiene ante sus ojos... tiene que ser el fotógrafo de los fenómenos; su observación debe representar exactamente a la naturaleza... escucha a la naturaleza y escribe bajo su dictado. Pero una vez constatado y observado el fenómeno, llega la idea, interviene el razonamiento y aparece el experimentador para interpretarlo. El experimentador es quien, en virtud de una interpretación más o menos probable, pero anticipada, de los fenómenos observados, instituye la experiencia de manera que, en el orden lógico de las previsiones, dicha experiencia ofrezca un resultado que sirva de control a la hipótesis o a la idea preconcebida... A partir del momento en el que el resultado de la experiencia se manifiesta, el experimentador se enfrenta a una auténtica observación que ha provocado y que hay que constatar, como cualquier observación, sin idea preconcebida. El experimentador debe entonces desaparecer o más bien transformarse inmediatamente en observador; y sólo después de haber constatado los resultados de la experiencia igual que si se tratara de los de una observación ordinaria, volverá su espíritu para razonar, comparar y juzgar si la hipótesis experimental está verificada o invalidada por los mismos resultados.»

Todo el mecanismo está aquí. Es un poco complicado y Claude Bernard se ve obligado a decir: «Cuando todo eso sucede a la vez en la mente de un sabio que se entrega a la investigación en una ciencia tan confusa como lo es todavía la medicina, se produce entonces una confusión tal entre lo que es resultado de la observación y lo que pertenece a la experiencia, que sería imposible y por otra parte

inútil querer analizar en esta mezcla inextricable cada uno de estos términos.» En suma, se puede decir que la observación «muestra» y que la experiencia «instruye».

Pues bien, volviendo a la novela, vemos igualmente que el novelista es, a la vez, observador y experimentador. En él, el observador ofrece los hechos tal como los ha observado, marca el punto de partida, establece el terreno sólido sobre el que van a moverse los personajes y a desarrollarse los fenómenos. Después, aparece el experimentador e instituye la experiencia, quiero decir, hacer mover a los personajes en una historia particular para mostrar en ella que la sucesión de hechos será la que exige el determinismo de los fenómenos a estudiar. Se trata casi siempre de una experiencia «por ver», como la llama Claude Bernard. El novelista sale a la búsqueda de una verdad. Tomaré como ejemplo la figura del barón Hulot, en la *Cousine Bette* de Balzac. El hecho general observado por Balzac es el estrago que el temperamento amoroso de un hombre provoca en él, en su familia y en la sociedad. Desde el momento en que ha elegido su tema, parte de unos hechos observados y después instituye su experiencia sometiendo a Hulot a una serie de pruebas, haciéndole pasar por determinados medios para demostrar el funcionamiento del mecanismo de su pasión. Es evidente, pues, que en esta novela no hay solamente observación, sino que existe en ella también experimentación, puesto que Balzac no se comporta únicamente como fotógrafo ante los hechos por él recogidos, ya que interviene de manera directa para colocar a su personaje en unas condiciones en las que él sigue siendo el mismo. El problema está en saber lo que una pasión determinada, actuando en un medio concreto y en unas circunstancias determinadas, producirá desde el punto de vista del individuo y de la sociedad; y una novela experimental, la *Cousine Bette* por ejemplo, es simplemente el proceso verbal ante los ojos del público de la experiencia que el novelista recibe. En suma, toda la operación consiste en tomar los hechos en la naturaleza, después en estudiar los mecanismos de

los hechos, actuando sobre ellos mediante las modificaciones de circunstancias y de ambientes sin apartarse nunca de las leyes de la naturaleza. Al final, está el conocimiento del hombre, el conocimiento científico en su acción individual y social.

Sin duda, estamos muy lejos aquí de las certezas de la química e incluso de la fisiología. No conocemos todavía los reactivos que descomponen las pasiones y que permiten analizarlas. A menudo, en este estudio, recordaré que la novela experimental es más joven que la medicina experimental, la que, no obstante, acaba de nacer apenas. Pero no pretendo constatar los resultados conseguidos sino que deseo simplemente exponer con claridad un método. Si el novelista experimental avanza todavía a tientas en la mayor oscuridad y en la más compleja de las ciencias, ello no impide que esta ciencia exista. Es innegable que la novela naturalista, tal como la comprendemos en este momento, es una experiencia auténtica que el novelista hace sobre el hombre, ayudándose con la observación.

Por otra parte, esta opinión no es solamente mía, sino que es también la de Claude Bernard. Dice en alguna parte: «En la práctica de la vida, los hombres no dejan de experimentar unos sobre otros.» Y, lo que es más concluyente, he aquí toda la teoría de la novela experimental. «Cuando razonamos sobre nuestros propios actos, tenemos un guía cierto, puesto que tenemos conciencia de lo que pensamos y de lo que sentimos. Pero si queremos juzgar los actos de otro hombre y saber los móviles que le hacen actuar es completamente distinto. Sin duda, tenemos ante nuestros ojos los movimientos de este hombre y sus manifestaciones que son, estamos seguros de ello, los modos de expresión de su sensibilidad y de su voluntad. Además, admitimos todavía que hay una relación necesaria entre los actos y su causa; pero ¿cuál es esta causa? No la sentimos en nosotros, no tenemos conciencia de ella como cuando se trata de nosotros mismos; nos vemos, pues, obligados a interpretarla, a suponerla, según los movimientos que veamos y las palabras que oigamos. Entonces debemos controlar y contrastar los actos

de este hombre; consideramos como actúa en tal circunstancia y, en una palabra, recurrimos al método experimental.» Todo lo que he avanzado más arriba está resumido en esta última frase que es la de un sabio.

Citaré todavía esta imagen de Claude Bernard, que me ha impresionado fuertemente: «El experimentador es el juez de instrucción de la naturaleza.» Nosotros novelistas, somos los jueces de instrucción de los hombres y de sus pasiones.

Ved qué primera claridad brota cuando nos colocamos en el punto de vista del método experimental aplicado a la novela con todo el rigor científico que la materia soporta en la actualidad. A nosotros, escritores naturalistas, se nos hace el estúpido reproche de querer ser únicamente fotógrafos. Tenemos a bien declarar que aceptamos el temperamento, la expresión personal, pero, a pesar de ello, siguen respondiéndonos con argumentos imbéciles sobre la imposibilidad de ser estrictamente veraces, sobre la necesidad de arreglar los hechos para constituir una obra de arte cualquiera. ¡Pues bien!, con la aplicación del método experimental en la novela termina toda querella. La idea de experiencia lleva consigo la idea de modificación. Partimos de hechos verdaderos que son nuestra base indestructible; pero, para mostrar el mecanismo de los hechos es necesario que produzcamos y dirijamos los fenómenos; ésta es nuestra parte de invención, de genio en la obra.

De esta manera, sin tener que recurrir a cuestiones de forma, de estilo, que examinaré más adelante, constato a partir de ahora que debemos modificar la naturaleza, sin salir de la naturaleza, cuando empleemos en nuestras novelas el método experimental. Si nos ceñimos a esta definición: «La observación muestra, la experiencia instruye», podemos, desde ahora, reclamar para nuestros libros esta alta lección de la experiencia.

El escritor, lejos de ser disminuido, crece singularmente. Una experiencia, incluso la más simple, está siempre basada sobre una idea, nacida a su vez de una observación. Como dice Claude Bernard:

«La idea experimental no es arbitraria ni puramente imaginaria; tiene que tener un punto de apoyo en la realidad observada, es decir, en la naturaleza.» Sobre esta idea y sobre la duda se basa todo el método. «La aparición de la idea experimental, dice más adelante, es espontánea y su naturaleza individual; se trata de un sentimiento particular, un *quid proprium* que constituye la originalidad, la inventiva o el genio de cada uno.» Acto seguido convierte la duda en la gran fuerza científica. «Quien duda es el verdadera sabio; sólo duda de sí mismo y de sus interpretaciones, pero cree en la ciencia; admite, incluso, en las ciencias experimentales, un criterio o un principio absoluto, el determinismo de los fenómenos que es absoluto, tanto en los fenómenos de los cuerpos vivos como en el de los cuerpos brutos.» De esta manera, pues, en lugar de encerrar al novelista en límites reducidos, el método experimental le deja con toda su inteligencia de pensador y todo su genio de creador. Le será necesario ver, comprender, inventar. Un hecho observado deberá hacer brotar la idea de la experiencia a realizar, de la novela a escribir, para llegar al conocimiento completo de una verdad. Después, cuando habrá discutido y completado el plan de esta experiencia, juzgará en cada momento los resultados con la libertad de espíritu de un hombre que acepta los hechos únicamente conforme al determinismo de los fenómenos. Ha partido de la duda para llegar al conocimiento absoluto; y sólo deja de dudar cuando el mecanismo de la pasión, desmontado y montado por él de nuevo, funciona según las leyes fijadas por la naturaleza. No hay tarea más amplia ni más libre para el espíritu humano. Veremos más lejanas las miserias de los escolásticos, de los sistemáticos y de los teóricos del ideal, al lado del triunfo de los experimentadores.

Resumo esta primera parte repitiendo que los novelistas naturalistas observan y experimentan y que toda su labor nace de la duda en la que se colocan frente a unas verdades mal conocidas, a unos fenómenos inexplicados, hasta que una idea experimental despierta un día bruscamente su genio y les

empuja a realizar una experiencia, para analizar los hechos y convertirse en sus amos.

II

Tal es, pues, el método experimental. Pero durante largo tiempo se ha negado que dicho método pueda ser aplicado a los cuerpos vivos. Este es el punto importante de la cuestión que voy a examinar con Claude Bernard. El razonamiento será de los más simples: Si el método experimental ha podido ser trasladado de la química y de la física a la fisiología y a la medicina, lo puede ser de la fisiología a la novela naturalista.

Cuvier, para no citar más que a este sabio, pretendía que la experimentación aplicable solamente a los cuerpos muertos no podía serlo a los cuerpos vivos; la fisiología, según él, debía ser puramente una ciencia de observación y de deducción anatómica. Los vitalistas admiten todavía una fuerza vital que estaría, en los cuerpos vivos, en lucha incesante con las fuerzas físico-químicas y que neutralizaría su acción. Claude Bernard, por el contrario, niega toda fuerza misteriosa y afirma que la experimentación puede aplicarse en todos los casos. «Me propongo, dice, establecer que la ciencia de los fenómenos de la vida no puede tener otras bases que la ciencia de los fenómenos de los cuerpos muertos y que no existe, bajo este aspecto, ninguna diferencia entre los principios de las ciencias biológicas y los de las ciencias físico-químicas. En efecto, la meta que se propone el método experimental es la misma en todos los casos; consiste en relacionar mediante la experiencia los fenómenos naturales con sus condiciones de existencia o con sus causas próximas.»

Me parece inútil entrar en las explicaciones y en los razonamientos complicados de Claude Bernard. He dicho que insistía sobre la existencia de un medio interior en el ser vivo. «En la experimentación sobre los cuerpos muertos, dice, sólo hay que tener en cuenta un sólo medio, el medio cósmico exterior; mientras que en los seres vivos elevados, existen por lo menos dos medios a considerar: el medio exte-

rior o extra-orgánico y el medio interior o intra-orgánico. La complejidad debida a la existencia de un medio orgánico interior es la única razón de las grandes dificultades que encontramos en la determinación experimental de los fenómenos de la vida y en la aplicación de unos medios capaces de modificarla.» Y parte de esto para establecer que existen unas leyes fijas para los elementos fisiológicos sumergidos en el medio interior, al igual que existen leyes fijas para los elementos químicos del medio exterior. A partir de ello, se puede experimentar sobre el ser vivo al igual que sobre el cuerpo bruto; se trata solamente de ponerse en las condiciones requeridas.

Insisto, porque, lo repito, el punto importante de la cuestión es éste. Claude Bernard, hablando de los vitalistas escribe: «Consideran la vida como una influencia misteriosa y sobrenatural que actúa arbitrariamente librándose de cualquier determinismo, y tachan de materialistas a todos aquellos que hacen esfuerzos para llevar los fenómenos vitales a unas condiciones orgánicas y físico-químicas determinadas. Estas son ideas falsas que no es fácil extirpar una vez que se han posesionado de un espíritu; solamente los progresos de la ciencia las harán desaparecer.» Y pone este axioma: «En los seres vivos, al igual que en los cuerpos muertos, las condiciones de existencia de cualquier fenómeno están determinadas de manera absoluta.»

Me limito para no complicar demasiado el razonamiento. Este es, pues, el progreso de la ciencia. En el siglo pasado, una aplicación más exacta del método experimental crea la física y la química, que se desligan de lo irracional y de lo sobrenatural. Se descubre que hay leyes fijas gracias al análisis. El hombre se hace dueño de los fenómenos. Después se da un nuevo paso. Los cuerpos vivos, en los que los vitalistas admitían todavía una influencia misteriosa, son a su vez conducidos y reducidos al mecanismo general de la materia. La ciencia prueba que las condiciones de existencia de todo fenómeno son las mismas en los cuerpos vivos que en los cuerpos muertos y, desde entonces, la fisiología

toma poco a poco las certezas de la química y de la física. Pero, ¿vamos a detenernos aquí? Evidentemente no. Cuando se haya probado que el cuerpo del hombre es una máquina en la que se podrán desmontar y montar de nuevo, algún día, los mecanismos a gusto del experimentador, será necesario pasar a los actos pasionales e intelectuales del hombre. A partir de este momento entraremos en un dominio que hasta hoy pertenecía a la filosofía y a la literatura; ésta será la conquista decisiva para la ciencia de las hipótesis de los filósofos y de los escritores. Tenemos la física y la química experimentales; tendremos la fisiología experimental; más tarde todavía, tendremos la novela experimental. Esta es una progresión que se impone y cuyo último término es fácil de prever desde ahora. Todo encaja; era necesario partir del determinismo de los cuerpos muertos para llegar al determinismo de los cuerpos vivos; y, puesto que sabios como Claude Bernard demuestran en la actualidad que unas leyes fijas rigen el cuerpo humano, podemos anunciar sin temor a equivocarnos la hora en que las leyes del pensamiento y de las pasiones serán a su vez formuladas. Un mismo determinismo debe regir la tierra de los caminos y el cerebro del hombre.

Esta opinión se encuentra en la *Introduction*. Nunca repetiré bastante que tomo mis argumentos de Claude Bernard. Después de haber explicado que unos fenómenos especiales pueden ser el resultado de la unión o de la asociación cada vez más compleja de elementos orgánicos, escribe: «Estoy persuadido de que los obstáculos que rodean el estudio experimental de los fenómenos psicológicos son debidos en gran parte a dificultades de este orden; ya que, a pesar de su naturaleza maravillosa y de la delicadeza de sus manifestaciones, es imposible, en mi opinión, no hacer entrar los fenómenos cerebrales, como todos los fenómenos de los cuerpos vivos, en las leyes de un determinismo científico.» Esto está claro. Más tarde, sin duda, la ciencia encontrará este determinismo de todas las manifestaciones cerebrales y sensuales del hombre.

A partir de este momento, la ciencia entra, pues,

en nuestro dominio de novelistas, que somos en esta hora analistas del hombre, en su acción individual y social. Continuamos, mediante nuestras observaciones y nuestras experiencias, la labor del fisiólogo que ha continuado la del físico y la del químico. Hacemos, en cierta manera, psicología científica para completar la fisiología científica; y sólo debemos, para acabar la evolución, llevar a nuestros estudios de la naturaleza y del hombre la herramienta decisiva del método experimental. En una palabra, debemos operar sobre los caracteres, sobre las pasiones, sobre los hechos humanos y sociales, como el químico y el físico operan sobre la materia inerte, como el fisiólogo opera sobre los cuerpos vivos. El determinismo lo domina todo. La investigación científica y el razonamiento experimental combaten, una a una, las hipótesis de los idealistas y reemplazan las novelas de pura imaginación por las novelas de observación y de experimentación.

Ciertamente, no pretendo aquí formular leyes. En el estado actual de la ciencia del hombre, la confusión y la oscuridad son todavía demasiado grandes para que podamos arriesgarnos a la más mínima síntesis. Todo lo que puede decirse es que hay un determinismo absoluto para todos los fenómenos humanos. A partir de ello, la investigación es un deber. Tenemos el método, debemos avanzar incluso si una vida entera de esfuerzos no alcanza más que la conquista de una pequeña parcela de verdad. Ved la fisiología: Claude Bernard ha hecho grandes descubrimientos y ha muerto declarando que no sabía nada o casi nada. En cada página, confiesa las dificultades de su tarea: «En las relaciones fenomenales, dice, tal como la naturaleza nos las ofrece, reina siempre una complejidad más o menos grande. Bajo este aspecto, la complejidad de los fenómenos minerales es mucho menor que la de los fenómenos vitales; es por ello que las ciencias que estudian los cuerpos muertos han podido constituirse más rápidamente. En los cuerpos vivos los fenómenos son de una complejidad enorme, y además la movilidad de las propiedades vitales los hace mucho más difíciles de captar y de determinar.» ¿Qué

decir entonces de las dificultades con las que debe encontrarse la novela experimental, que toma del fisiólogo sus estudios sobre los órganos más complejos y más delicados, que trata de las manifestaciones más elevadas del hombre como individuo y como miembro social? Evidentemente, el análisis aquí se complica mucho más. Pues, si la fisiología se constituye hoy, es natural que la novela experimental esté solamente en sus primeros pasos. Lo podemos prever como una consecuencia fatal de la evolución científica del siglo; pero es imposible basarla sobre leyes ciertas. Cuando Claude Bernard habla de «unas verdades restringidas y precarias de la ciencia biológica», podemos confesar que las verdades de la ciencia del hombre, desde el punto de vista del mecanismo intelectual y pasional, son más precarias y más restringidas todavía. Balbuceamos, somos los últimos que han llegado; pero ello no ha de ser más que un aguijón que nos impulse a estudios exactos, desde el momento en que tenemos el instrumento, el método experimental, y desde el momento en que nuestro objetivo es muy claro, conocer el determinismo de los fenómenos y hacernos amos de estos fenómenos.

Sin arriesgarme a formular leyes, creo que la cuestión de la herencia tiene mucha influencia en las manifestaciones intelectuales y pasionales del hombre. También doy una importancia considerable al medio ambiente. Tendríamos que abordar las teorías de Darwin; pero esto no es más que un estudio general sobre el método experimental aplicado a la novela y me perdería si quisiera entrar en detalles. Simplemente diré algunas palabras sobre el medio ambiente. Acabamos de ver la importancia decisiva que da Claude Bernard al estudio del medio intraorgánico, medio que hay que tener muy en cuenta si se quiere encontrar el determinismo de los fenómenos en los seres vivos. Pues bien, en el estudio de una familia, de un grupo de seres vivos, creo que el medio social tiene, igualmente, una importancia capital. Un día la fisiología nos explicará sin duda el mecanismo del pensamiento y de las pasiones; sabremos cómo funciona la máquina individual del

hombre, cómo piensa, cómo ama, cómo pasa de la razón a la pasión y a la locura; pero estos fenómenos, estos hechos del mecanismo de los órganos actúan bajo la influencia del medio interior, no se producen en el exterior aisladamente y en la vida. El hombre no está solo, vive en una sociedad, en un medio social y para nosotros, novelistas, este medio social modifica sin cesar los fenómenos. Nuestro gran estudio está aquí, en el trabajo recíproco de la sociedad sobre el individuo y del individuo sobre la sociedad. Para el fisiólogo, el medio exterior y el medio interior son puramente cuestiones químicas y físicas, lo cual le permite encontrar fácilmente leyes. Todavía no ha llegado el momento de probar que el medio social sea, también, cuestión física y química. Seguramente lo es, o más bien, es el producto variable de un grupo de seres vivos, los cuales están totalmente sometidos a las leyes físicas y químicas que rigen tanto los cuerpos vivos como los cuerpos brutos. A partir de aquí, veremos que se puede influir sobre el medio social actuando sobre los fenómenos, de los que nos haremos dueños en el hombre. Esto es lo que constituye la novela experimental: poseer el mecanismo de los fenómenos en el hombre, demostrar los resortes de las manifestaciones intelectuales y sensuales como nos los explicará la fisiología, bajo las influencias de la herencia y de las circunstancias ambientales, después de mostrar al hombre vivo en el medio social que él mismo ha producido, que modifica cada día y en el seno del cual manifiesta, a su vez, una transformación continua. Así pues, nos apoyamos en la fisiología, tomamos al hombre aislado de las manos del fisiólogo para continuar la solución del problema y resolver científicamente la cuestión de saber cómo se comportan los hombres desde que viven en sociedad.

Estas ideas generales son suficientes para guiarnos en la actualidad. Más adelante, cuando la ciencia haya adelantado, cuando la novela experimental haya dado resultados decisivos, algún crítico precisará las cosas que hoy solamente indico.

Por otra parte, Claude Bernard confiesa cuán difícil es la aplicación del método experimental en los

seres vivos. «El cuerpo vivo, dice, sobre todo en los animales superiores, no es nunca indiferente, físico-químicamente hablando, con el medio exterior, posee un movimiento incesante, una evolución orgánica, en apariencia espontánea y constante, y aunque esta evolución tenga necesidad de circunstancias exteriores para manifestarse, es, no obstante, independiente en su avance y en su modalidad.» Y concluye como ya he dicho: «En resumen, solamente en las condiciones físico-químicas del medio interior encontraremos el determinismo de los fenómenos exteriores de la vida.» Pero, cualesquiera que sean las complejidades que se presenten, e incluso cuando se produzcan fenómenos especiales, la aplicación del método experimental sigue siendo rigurosa. «Si los fenómenos vitales tienen una complejidad y una apariencia diferente que la de los cuerpos brutos, solamente ofrecen esta diferencia en virtud de las condiciones determinadas o determinables que les son propias. Pues, si bien las ciencias vitales deben diferir de las otras por sus aplicaciones y por sus leyes especiales, no se distinguen en su método científico.»

Todavía me falta por decir unas palabras sobre los límites que Claude Bernard traza a la ciencia. Según él, ignoraremos siempre el *porqué* de las cosas; solamente podremos saber el *cómo*. El mismo lo expresa en estos términos: «La naturaleza de nuestro espíritu nos impulsa a buscar la esencia o el *porqué* de las cosas. En esto, tendemos más allá del límite que podemos alcanzar; pues la experiencia nos enseña pronto que no debemos traspasar el *cómo*, es decir, la causa próxima o las condiciones de existencia de los fenómenos.» Más adelante pone este ejemplo: «Si no podemos saber *porqué* el opio y sus derivados hacen dormir, podemos conocer el mecanismo de este sueño y saber *cómo* el opio o sus derivados hacen dormir; puesto que el sueño sólo tiene lugar porque la sustancia activa se pone en contacto con ciertos elementos orgánicos que modifica.» Y esta es su conclusión práctica: «La ciencia tiene precisamente el privilegio de enseñarnos lo que ignoramos, substituyendo el sentimiento por la razón y la experiencia y enseñándonos claramente el límite de nuestro conocimiento actual. Pero, por una maravillosa compensación, a medida que la ciencia rebaja nuestro orgullo, aumenta nuestro poder.» Todas estas observaciones son estrictamente aplicables a la novela experimental. Para no extraviarse en especulaciones filosóficas, para reemplazar las hipótesis idealistas por la lenta conquista de lo desconocido, debe atenderse a la investigación del *porqué* de las cosas. Este es su papel exacto, y de ahí extrae, como vamos a ver, su razón de ser y su moral.

He llegado, pues, a este punto: la novela experimental es una consecuencia de la evolución científica del siglo; continúa y completa la fisiología, que a su vez se apoya en la química y en la física; substituye el estudio del hombre abstracto, del hombre metafísico, por el estudio del hombre natural, sometido a las leyes físico-químicas y determinado por las influencias del medio ambiente; es, en una palabra, la literatura de nuestra era científica, al igual que la literatura clásica y romántica ha correspondido a una era escolástica y teológica. Ahora paso a la gran cuestión de aplicación y de moral.

He llegado, pues, a este punto: la novela experimental es una consecuencia de la evolución científica del siglo; continúa y completa la fisiología, que a su vez se apoya en la química y en la física; substituye el estudio del hombre abstracto, del hombre metafísico, por el estudio del hombre natural, sometido a las leyes físico-químicas y determinado por las influencias del medio ambiente; es, en una palabra, la literatura de nuestra era científica, al igual que la literatura clásica y romántica ha correspondido a una era escolástica y teológica. Ahora paso a la gran cuestión de aplicación y de moral.

III

El objeto del método experimental, en fisiología y en medicina, es estudiar los fenómenos para adueñarse de ellos. Claude Bernard vuelve sobre esta idea en cada página de la *Introduction*. Como declara él mismo: «Toda la filosofía natural se resume en esto: conocer la ley de los fenómenos. Todo el problema experimental se reduce a esto: prever y dirigir los fenómenos.» Más adelante, pone un ejemplo: «Tanto para el médico experimentador como para el médico empírico, no será suficiente saber que la quinina cura la fiebre; sino lo que les interesa por encima de todo es saber qué es la fiebre y darse cuenta del mecanismo por medio del cual la quinina la cura. Todo esto interesa al médico experimentador porque, desde el momento en que lo sepa, el hecho de la curación de la fiebre por la quinina dejará de ser un hecho empírico y aislado

para convertirse en un hecho científico. Entonces, este hecho se unirá a unas condiciones que le vincularán a otros fenómenos y, así, seremos conducidos al conocimiento de las leyes del organismo y a la posibilidad de regular sus manifestaciones.» El ejemplo es asombroso en el caso de la sarna. «En la actualidad, cuando la causa de la sarna es conocida y determinada experimentalmente, todo se ha vuelto científico, el empirismo ha desaparecido... Se cura siempre y sin excepción cuando el enfermo es colocado en las condiciones experimentales conocidas para alcanzar este objetivo.»

Tal es el objetivo y tal es la moral en la fisiología y en la medicina experimentales: hacerse amos de la vida para dirigirla. Admitamos que la ciencia haya adelantado, que la conquista de lo desconocido sea completa: la edad científica que Claude Bernard ha visto en sueños se habrá hecho realidad. A partir de entonces, el médico será amo de las enfermedades; curará infaliblemente, actuará sobre los cuerpos vivos a favor de la felicidad y del vigor de la especie. Se entrará en un siglo en que el hombre todopoderoso habrá dominado a la naturaleza y utilizará sus leyes para que sobre esta tierra reine la mayor cantidad de justicia y libertad posible. No existe objetivo más noble, más elevado, más grande. Nuestro papel de seres inteligentes está ahí: en penetrar en el porqué de las cosas para convertirnos en superiores a las cosas y reducirlas al estado de medios obedientes.

Pues bien, este sueño del fisiólogo y del médico experimentador es también el sueño del novelista que aplica el método experimental al estudio natural y social del hombre. Nuestro objetivo es el suyo: también queremos ser dueños de los fenómenos de los elementos intelectuales y personales para poderlos dirigir. Somos, en una palabra, moralistas experimentadores que demuestran por la experiencia cómo se comporta una pasión en un medio social. El día en que conozcamos el mecanismo de esta pasión podremos intentar reducirla o, por lo menos, hacerla lo más inofensiva posible. En esto reside la utilidad práctica y la elevada moral de nuestras obras

naturalistas que experimentan sobre el hombre, que desmontan y montan de nuevo, pieza por pieza, la máquina humana con el fin de hacerla funcionar bajo la influencia de los medios. Cuando los tiempos hayan adelantado, cuando se posean las leyes, si se quiere llegar al mejor de los estados sociales, solamente se tendrá que actuar sobre los individuos y sobre los medios. Así hacemos sociología práctica y así nuestra tarea ayuda a las ciencias políticas y económicas. No conozco, lo repito, trabajo más noble ni de más amplia aplicación. Ser amo del bien y del mal, regular la vida, regular la sociedad, resolver a la larga todos los problemas del socialismo, aportar sobre todo bases sólidas para la justicia resolviendo por la experiencia las cuestiones de la criminalidad, todo ello ¿no es acaso ser los más útiles y los más morales obreros del trabajo humano?

Que se compare por un instante el trabajo de los novelistas idealistas con el nuestro; y aquí la palabra idealistas indica a los escritores que se apartan de la observación y de la experiencia para basar sus obras en lo sobrenatural y lo irracional, que admiten, en una palabra, unas fuerzas misteriosas más allá del determinismo de los fenómenos. De nuevo Claude Bernard hablará por mí: «Lo que distingue el razonamiento experimental del razonamiento escolástico es la fecundidad de uno y la esterilidad del otro. Es precisamente el escolástico, que cree tener la verdad absoluta, el que no consigue nada; esto se comprende puesto que, por medio de un principio absoluto, se coloca fuera de la naturaleza, en la cual todo es relativo. Por el contrario, el experimentador, que siempre duda y que no cree poseer la certeza absoluta sobre nada, llega a dominar los fenómenos que le rodean y a extender su poder sobre la naturaleza.» En seguida volveré sobre esta cuestión de lo ideal que no es, en resumidas cuentas, más que la cuestión del indetermismo. Claude Bernard dice con razón: «La conquista intelectual del hombre consiste en hacer disminuir y en rechazar el indetermismo a medida que, con la ayuda del método experimental, gana terreno en el determinismo.» Esta es nuestra verdadera tarea, novelistas experi-

mentadores: ir de lo conocido a lo desconocido para hacernos amos de la naturaleza; mientras que los novelistas idealistas permanecen dentro de lo desconocido, por todo tipo de prejuicios religiosos y filosóficos, bajo el pretexto asombroso de que lo desconocido es más noble y más hermoso que lo conocido. Si nuestra tarea, a veces cruel, si nuestros terribles cuadros tuvieran necesidad de excusarse, encontraría en Claude Bernard este argumento decisivo: «No se llegará nunca a generalizaciones verdaderamente fecundas y luminosas sobre los fenómenos vitales mientras no se haya experimentado sobre sí mismo y movido dentro de los hospitales, los anfiteatros y los laboratorios, dentro del terreno fétido o palpitante de la vida... Si se tuviera que hacer una comparación que expresara mi sentimiento hacia la ciencia de la vida, diría que es un salón soberbio, resplandeciente de luz, al cual no se puede llegar si no se atraviesa una larga y espantosa cocina.»

Insisto sobre las palabras moralistas experimentadores que he utilizado para designar a los novelistas naturalistas. Una página de la *Introduction* me ha sorprendido en especial, la página en la que el autor habla de *circulus vital*. Cito: «Los órganos musculares y nerviosos cuidan la actividad de los órganos que preparan la sangre; pero la sangre, a su vez, alimenta los órganos que la producen. Existe una solidaridad orgánica o social que mantiene un movimiento perpetuo, hasta que la descomposición o el cese de acción de un elemento vital necesario rompa el equilibrio o provoque un desorden o un paro en el juego de la máquina animal. El problema del médico experimentador consiste, pues, en encontrar el determinismo simple de una descomposición orgánica, es decir, en captar el fenómeno inicial... Veremos cómo una dislocación del organismo o una descomposición en apariencia de las más complejas puede ser reducido a un determinismo simple inicial que a continuación provoque los más complejos determinismos.» Ahora sólo hay que cambiar las palabras del médico experimentador por las del novelista experimentador y todo este pasaje puede aplicarse exactamente a nuestra literatura naturalista.

El *circulus* social es idéntico al *circulus* vital: tanto en la sociedad como en el cuerpo humano, existe una solidaridad que une a los diferentes miembros, los diferentes órganos entre sí, de manera que, si un órgano se pudre, muchos otros son alcanzados y se declara una enfermedad muy compleja. A partir de ahí, en nuestras novelas, cuando experimentamos sobre una plaga grave que envenena la sociedad, actuamos como el médico experimentador, intentamos encontrar el determinismo simple inicial para llegar a continuación al determinismo complejo del cual se ha seguido la acción. Vuelvo a tomar el ejemplo del barón Hulot, en la *Cousine Bette*. Véase el resultado final, el desenlace de la novela: una familia entera destruida, todo tipo de dramas secundarios se han producido bajo la acción del temperamento apasionado de Hulot. En este temperamento se encuentra el determinismo inicial. Un miembro, Hulot, se gangrena, e inmediatamente todo se deteriora a su alrededor, el círculo social se desquicia y la salud de la sociedad se pone en peligro. ¡De qué manera ha insistido Balzac sobre la figura del barón Hulot, con qué escrupuloso cuidado lo ha analizado! La experiencia se realiza sobre él porque se trataba de hacerse amo del fenómeno de esta pasión para dirigirla; admitamos que se pueda curar a Hulot o, por lo menos, reprimirle y hacerle inofensivo; entonces el drama ya no tiene razón de ser, se restablece el equilibrio o, mejor dicho, la salud del cuerpo social. Así pues, los novelistas naturalistas son, en efecto, moralistas experimentadores.

Y llego al gran reproche con el cual se cree descubrir a los novelistas naturalistas tratándolos de fatalistas. ¡Cuántas veces se ha intentado probarnos que, desde el momento en que no aceptamos el libre albedrío, desde el momento en que el hombre ya no es más que una máquina animal que actúa bajo la influencia de la herencia y de los ambientes, caemos en un vasto fatalismo, relegamos a la humanidad al rango de una manada que camina bajo la vara del destino! Hay que precisar: no somos fatalistas, somos deterministas, que no es en absoluto lo mismo. Claude Bernard explica muy bien estos

dos términos: «Hemos dado el nombre de determinismo a la causa próxima o determinante de los fenómenos. No actuamos nunca sobre la esencia de los fenómenos de la naturaleza, sino sólo sobre su determinismo, y por el hecho de que actuamos sobre él, el determinismo difiere del fatalismo, sobre el cual no se puede actuar. El fatalismo supone la manifestación necesaria de un fenómeno, independientemente de sus condiciones, mientras que el determinismo es la condición necesaria de un fenómeno cuya manifestación no es obligada. Una vez que la búsqueda del determinismo de los fenómenos está puesta como el principio fundamental del método experimental, ya no existe ni materialismo, ni espiritualismo, ni materia bruta ni materia viva; no hay más que fenómenos cuyas condiciones hay que determinar, es decir, las circunstancias que desempeñan el papel de causas próximas en relación a dichos fenómenos.» Esto es decisivo. No hacemos más que aplicar este método en nuestras novelas; somos, pues, deterministas que, experimentalmente, intentan determinar las condiciones de los fenómenos sin salirse, en sus investigaciones, de las leyes de la naturaleza. Como muy bien dice Claude Bernard, desde el momento en que podemos actuar y actuamos sobre el determinismo de los fenómenos, por ejemplo modificando los medios, no somos fatalistas.

He aquí, pues, el papel moral del novelista experimentador perfectamente definido. A menudo he dicho que no tenemos que sacar una conclusión de nuestras obras, y esto significa que nuestras obras llevan la conclusión en sí mismas. Un experimentador no tiene que concluir, puesto que, precisamente, la experiencia concluye por él. Cien veces, si es necesario, el experimentador repetirá la experiencia delante del público, la explicará, pero no tendrá que indignarse ni que probar nada personalmente: tal es la verdad, tal es el mecanismo de los fenómenos. Es la sociedad quien tiene que producir o dejar de producir este fenómeno, según el resultado sea útil o peligroso. No se concibe, ya lo he dicho en otra parte, a un sabio enfadándose contra el nitrógeno

porque sea inadecuado para la vida; el sabio suprime el nitrógeno cuando es nocivo y en ninguna otra ocasión. Como nuestro poder no es el mismo que el de este sabio, como somos experimentadores sin ser practicantes, debemos contentarnos en buscar el determinismo de los fenómenos sociales y dejar a los legisladores, a los hombres de práctica, el cuidado de dirigir, tarde o temprano, estos fenómenos, de manera que se desarrollen los buenos y se reduzcan los malos, desde el punto de vista de la utilidad humana.

Voy a resumir nuestro papel de moralistas experimentadores. Enseñamos el mecanismo de lo útil y de lo nocivo, desligamos el determinismo de los fenómenos humanos y sociales a fin de que un día se pueda dominar y dirigir estos fenómenos. En una palabra, trabajamos con todo el siglo en la gran obra de la conquista de la naturaleza y el poder multiplicado del hombre. Véase, al lado de la nuestra, la tarea de los escritores idealistas, que se apoyan en lo irracional y en lo sobrenatural y cuyos impulsos van seguidos de una profunda caída en el caos metafísico. Nosotros tenemos la fuerza, nosotros tenemos la moral.

IV

Como ya he dicho, lo que me ha hecho elegir la *Introduction* ha sido el hecho de que muchas personas todavía consideran la medicina como un arte. Claude Bernard prueba que debe ser una ciencia, espectáculo muy instructivo en sí mismo y que nos demuestra que el dominio científico se amplía y gana para sí todas las manifestaciones de la inteligencia humana. Puesto que la medicina, que era un arte, se está convirtiendo en una ciencia, ¿por qué la literatura no ha de convertirse también en una ciencia gracias al método experimental?

Hay que subrayar que todo está relacionado, que si el terreno del médico experimentador es el cuerpo del hombre en los fenómenos de sus órganos, en el estado normal y en el estado patológico, nuestro terreno, el de los novelistas, es igualmente el cuerpo

del hombre en sus fenómenos cerebrales y sensuales, en estado sano y en estado mórbido. Si no nos limitamos al hombre metafísico de la edad clásica, es preciso que tengamos en cuenta las nuevas ideas que se tienen, en nuestra época, de la naturaleza y de la vida. Continuamos fatalmente, lo repito, el trabajo del fisiólogo y del médico, que han continuado el del físico y el del químico. A partir de este momento, entramos en la ciencia. Reservo la cuestión del sentimiento y de la forma, de las que hablaré más adelante.

Veamos primero lo que Claude Bernard dice de la medicina: «Algunos médicos piensan que la medicina sólo puede ser conjetural y concluyen que el médico es un artista que debe suplir el indeterminismo de casos particulares por su genio y su tacto personal. Estas son unas ideas anticientíficas contra las que es necesario luchar con todas las fuerzas porque contribuyen a que la medicina se pudra en el estado en que se encuentra desde hace tanto tiempo. Todas las ciencias han empezado necesariamente siendo conjeturales; todavía hoy existen partes conjeturales en cada ciencia. La medicina es casi totalmente conjetural, no lo niego; sólo quiero decir que la ciencia moderna debe esforzarse por salir de este estado provisional que no es un estado científicamente definido, y no lo es menos para la medicina que para las demás ciencias. El estado científico será más lento y más difícil de obtener en medicina, a causa de la complejidad de los fenómenos; pero el objetivo del médico sabio consiste en conducir, tanto en su ciencia como en las demás, lo indeterminado hasta lo determinado.» Ahí está por entero el mecanismo del nacimiento y del desarrollo de una ciencia. Se considera todavía al médico como artista porque en medicina existe un lugar enorme dejado a las conjeturas. Naturalmente, el novelista merecerá con más razón este nombre de artista puesto que se encuentra todavía más hundido en lo indeterminado. Si Claude Bernard confiesa que la complejidad de los fenómenos impidieron durante mucho tiempo la integración de la medicina a la edad científica, ¿qué ocurrirá, pues, con la novela experi-

mental, en la que los fenómenos son todavía mucho más complejos? Pero esto no impedirá que la novela entre en la vía científica, que obedezca la evolución general del siglo.

Por otra parte, el propio Claude Bernard ha indicado las evoluciones del espíritu humano: «El espíritu humano, dice, en los diversos períodos de su evolución, ha pasado sucesivamente por el sentimiento, la razón y la experiencia. Al principio, al imponerse el sentimiento sobre la razón, creó las verdades de la fe, es decir, la teología. A continuación, cuando la razón o la filosofía se convirtió en dueña, creó la escolástica. Por último, la experiencia, es decir, el estudio de los fenómenos naturales, enseñó al hombre que las verdades del mundo exterior no se encuentran formuladas, de buenas a primeras, ni en el sentimiento ni en la razón. El sentimiento y la razón son, solamente, guías indispensables; pero para obtener estas verdades es necesario ir a la realidad objetiva de las cosas, en donde se encuentran escondidas con su forma fenomenal. Así fue como apareció, por medio del progreso natural de las cosas, el método experimental, que lo resume todo y que se apoya sucesivamente en las tres ramas de este trípode inmutable: el sentimiento, la razón y la experiencia. En la búsqueda de la verdad por medio de este método, el sentimiento tiene siempre la iniciativa, engendra la idea *a priori* o la intuición; la razón o el razonamiento desarrolla a continuación la idea y deduce sus consecuencias lógicas. Pero si el sentimiento tiene que estar iluminado por las luces de la razón, la razón, a su vez, tiene que ser guiada por la experiencia.»

He citado todo este párrafo porque es de gran importancia. Es, claramente, en la novela experimental, la parte de la personalidad del novelista, al margen del estilo. Desde el momento en que el sentimiento es el punto de partida del método experimental, desde el momento en que la razón interviene, a continuación, para ir a parar a la experiencia, y para ser controlada por ella, el genio del experimentador lo domina todo; es por este hecho, por otra parte,

que el método experimental, inerte en otras manos, se ha convertido en un instrumento tan poderoso en manos de Claude Bernard. Acabo de decir la palabra exacta: el método no es más que un instrumento; es el obrero, es la idea que aporta quien realiza la obra maestra. He citado ya estas líneas: «Es un sentimiento particular, un *quid proprium* que constituye la originalidad, la invención o el genio de cada cual.» He aquí, pues, la parte que corresponde al genio en la novela experimental. Como dice Claude Bernard: «La idea es la semilla; el método es la tierra que le proporciona las condiciones de desarrollo, las condiciones para prosperar y dar sus mejores frutos según la naturaleza.» Todo se reduce a una cuestión de método. Si permanecemos en la idea *a priori* y en el sentimiento, sin apoyarlo en la razón y sin verificarlo con la experiencia, seremos poetas, correremos el riesgo de desarrollar hipótesis que nada prueban, nos debatiremos penosamente y en vano en el indeterminismo, a menudo de una manera nociva. Escuchemos estas líneas de la *Introduction*: «El hombre es por naturaleza metafísico y orgulloso; ha podido creer que las creaciones ideales de su espíritu, creaciones que corresponden a sus sentimientos, representan la realidad. De ahí se deduce que el método experimental no es primitivo y natural al hombre, que solamente después de haber errado durante largo tiempo entre discusiones teológicas y escolásticas ha terminado por reconocer la esterilidad de los esfuerzos que ha realizado en esta vía. El hombre se dio cuenta, entonces, de que no dictaba leyes a la naturaleza pues no poseía en sí mismo el conocimiento y el criterio de las cosas exteriores; y comprendió que para llegar a la verdad tenía que estudiar, por el contrario, las leyes naturales y someter sus ideas, si no su razón, a la experiencia, es decir, al criterio de los hechos.» ¿Qué se hace, pues, del genio en el novelista experimental? Permanece el genio, la idea *a priori*, que únicamente está controlado por la experiencia. Naturalmente, la experiencia no puede destruir el genio, sino que por el contrario, lo reafirma. Tomemos, por ejemplo, un poeta: ¿Es necesario, para que sea un

genio, que su sentimiento, que su idea *a priori* sea falsa? Evidentemente, no, pues el genio de un hombre será tanto mayor cuanto más haya probado la experiencia, la verdad de su idea personal. Ha sido necesaria nuestra edad de lirismo, nuestra enfermedad romántica para que se haya medido el genio de un hombre por la cantidad de tonterías y locuras que ha puesto en circulación. Concluyo diciendo que, a partir de ahora, en nuestro siglo de ciencia, la experiencia debe probar al genio.

Nuestra querella con los escritores idealistas está ahí. Parten siempre de una fuente irracional cualquiera, tal como una revelación, una tradición o una autoridad convencional. Como declara Claude Bernard: «No hay que admitir nada oculto; sólo existen fenómenos y condiciones de fenómenos.» Nosotros, escritores naturalistas, sometemos todos los hechos a la observación y a la experiencia; mientras que los escritores idealistas admiten influencias misteriosas que se escapan al análisis y permanecen en lo desconocido, al margen de las leyes de la naturaleza. Científicamente, esta cuestión de lo ideal se reduce a la cuestión de lo indeterminado y de lo determinado. Todo lo que no sabemos, todo lo que todavía se nos escapa es lo ideal, y el objetivo de nuestro esfuerzo humano es reducir cada día lo ideal, es conquistar la verdad a lo desconocido. Todos somos idealistas, si por idealistas se entiende que todos nos ocupamos de lo ideal. Yo llamo idealistas a los que se refugian en lo desconocido por el gusto de estar en lo desconocido, a los que sólo gustan de las más arriesgadas hipótesis, a los que se niegan a someter dichas hipótesis al control de la experiencia con el pretexto de que la verdad está en ellos y no en las cosas. Estos, lo repito, realizan una tarea vaná y nociva, mientras que el observador y el experimentador son los únicos que trabajan para el poder y la felicidad del hombre, convirtiéndolo poco a poco en dueño de la naturaleza. No existe nobleza, ni dignidad, ni belleza, ni moralidad en el no saber, en el mentir, en el pretender que se es tanto más grande cuanto más se eleva en el error y en la confusión. Las únicas

obras grandes y morales son las obras de verdad. Lo que hay que aceptar es lo que yo denominaría el aguijón de lo ideal. Ciertamente, nuestra ciencia es todavía muy insignificante en comparación con la gran cantidad de cosas que ignoramos. Este desconocido inmenso que nos rodea sólo debe inspirarnos el deseo de traspasarlo, de explicarlo, gracias a los métodos científicos. No se trata únicamente de sabios; todas las manifestaciones de la inteligencia humana están relacionadas, todos nuestros esfuerzos van a parar a la necesidad de hacernos amos de la verdad. Claude Bernard expresa muy bien esta idea cuando escribe: «Todas las ciencias poseen, si no un método propio, por lo menos procedimientos especiales, y, además, se ceden recíprocamente sus instrumentos. Las matemáticas proporcionan instrumentos a la física, a la química, a la biología, en unos límites diversos; la física y la química proporcionan poderosos instrumentos a la fisiología y a la medicina. En esta ayuda mutua que se prestan las ciencias, hay que distinguir al sabio que hace avanzar cada una de las ciencias de las que se sirve. El físico y el químico no son matemáticos por el hecho de que utilicen el cálculo; el fisiólogo no es químico ni físico porque use reactivos químicos o instrumentos de física, ni el químico y el físico son fisiólogos porque estudien la composición o las propiedades de ciertos líquidos y tejidos animales o vegetales.» Tal es la respuesta que Claude Bernard da por nosotros, escritores naturalistas, a los críticos que se han burlado de nuestras pretensiones científicas. No somos ni químicos, ni físicos ni fisiólogos; somos simplemente novelistas que nos basamos en las ciencias. Ciertamente, nuestras pretensiones no son hacer descubrimientos en fisiología, ciencia que no practicamos; únicamente, puesto que estudiamos al hombre, creemos que no podemos dejar de tener en cuenta las verdades fisiológicas nuevas. Y añadiría que los novelistas son, ciertamente, los trabajadores que se basan, a la vez, en un mayor número de ciencias, pues tratan todos los temas y necesitan saberlo todo, puesto que la novela se ha convertido en una averiguación general sobre la naturaleza y sobre el

hombre. He aquí cómo hemos llegado a aplicar a nuestra tarea el método experimental, desde el día en que este método se convirtió en el instrumento más potente de la investigación. Resurrimos la investigación, nos lanzamos a la conquista de lo ideal utilizando todos los conocimientos humanos.

Es evidente que me refiero aquí al *cómo* de las cosas y no a su *porqué*. Para un sabio experimentador, el ideal que intenta reducir, lo indeterminado, está siempre en el *cómo*. Deja el otro ideal, el *porqué*, a los filósofos, puesto que desespera de poder determinarlo algún día. Creo que los novelistas experimentales deben dejar de preocuparse por lo desconocido si no quieren perderse en las locuras de los poetas y de los filósofos. Intentar conocer el mecanismo de la naturaleza sin inquietarse, de momento, por el origen de este mecanismo, es ya una tarea bastante amplia. Si un día se llega a conocer dicho origen, será sin duda gracias al método; es mejor, pues, empezar por el principio, por el estudio de los fenómenos, en lugar de esperar que una revelación súbita nos ofrezca el secreto del mundo. Somos obreros, dejamos a los especuladores este desconocido *porqué* en el que luchan en vano desde hace siglos, para ocuparnos de lo desconocido del *cómo*, que disminuye día a día con nuestras investigaciones. El único ideal que debe existir para nosotros, novelistas experimentadores, es el que podamos conquistar.

Por otra parte, en la lenta conquista de este desconocido que nos rodea, confesamos humildemente el estado de ignorancia en que nos encontramos. Empezamos a ir hacia adelante, nada más; y nuestra única fuerza verdadera está en el método. Claude Bernard, después de haber confesado que la medicina experimental todavía balbucea, en la práctica no duda en dejar un amplio lugar a la medicina empírica: «En el fondo, dice, el empirismo, es decir, la observación o la experiencia fortuita, ha sido el origen de todas las ciencias. En las ciencias complejas de la humanidad, el empirismo gobernará necesariamente durante mucho más tiempo que en las ciencias simples.» Y no tiene ninguna dificultad en acep-

tar que, en la cabecera de la cama de un enfermo, cuando el determinismo del fenómeno patológico no se haya encontrado, lo mejor todavía es actuar empíricamente; cosa que, por otra parte, está en la marcha natural de nuestros conocimientos, puesto que el empirismo precede fatalmente al estado científico de un conocimiento. Ciertamente, si los médicos deben tener en cuenta el empirismo en casi todos los casos, con mayor razón debemos hacerlo nosotros, novelistas, pues nuestra ciencia es más compleja y está menos fijada. No se trata, lo repito una vez más, de crear de pies a cabeza la ciencia del hombre, como individuo y como miembro social; se trata de salir poco a poco y con todos los tanteos necesarios, de la oscuridad en que nos hallamos, satisfechos cuando, en medio de tantos errores, podemos fijar una verdad. Experimentamos, esto quiere decir que durante mucho tiempo todavía debemos utilizar lo falso para llegar a lo verdadero.

Este es el sentimiento de los fuertes. Claude Bernard combate a aquellos que ven en el médico solamente a un artista. Conoce la objeción habitual de aquellos que afectan considerar a la medicina experimental «como una concepción teórica, cuya realidad práctica no está justificada por el momento, puesto que ningún hecho demuestra que en medicina se pueda alcanzar la precisión científica de las ciencias experimentales.» Pero no se deja turbar, demuestra que «la medicina experimental no es más que la expansión natural de la investigación médica práctica, dirigida por un espíritu científico». He aquí su conclusión: «Sin duda, estamos lejos de la época en que la medicina sea científica; pero esto no nos impide concebir dicha posibilidad y realizar todos nuestros esfuerzos para conseguirlo, intentando, desde hoy, introducir en la medicina el método que nos conducirá a este fin.»

Todo esto, no dejaré de repetirlo, se aplica totalmente a la novela experimental. Pongamos la palabra «novela» en lugar de la palabra «medicina» y el pasaje seguirá siendo cierto.

Dirigiría estas grandes e importantes palabras de Claude Bernard a la joven generación literaria que

crece. No conozco palabras más viriles. «La medicina está destinada a salir poco a poco del empirismo, y lo hará, al igual que todas las demás ciencias, por medio del método experimental. Esta convicción profunda mantiene y dirige mi vía científica. Soy sordo a las voces de los médicos que piden que se les explique experimentalmente la escarlatina y el sarampión, a estos médicos que creen obtener con ello un argumento contra la utilización del método experimental en medicina. Estas objeciones descorazonadoras y negativas provienen, en general, de espíritus sistemáticos o perezosos que prefieren descansar sobre sus sistemas o dormirse en las tinieblas en lugar de trabajar y esforzarse por salir de ellas. La dirección experimental que toma la medicina es definitiva. En efecto, no se trata de la influencia efímera de un sistema personal cualquiera, sino que es el resultado de la evolución científica de la propia medicina. Estas son mis convicciones al respecto, convicciones que intento que penetren en el espíritu de los médicos jóvenes que siguen mis cursos en el Colegio de Francia... Ante todo, hay que inspirar a los jóvenes el espíritu científico e iniciarles en las nociones y tendencias de las ciencias modernas.»

A menudo he dicho las mismas palabras y dado los mismos consejos, y los repetiré aquí. «Sólo el método experimental puede sacar a la novela de los errores y mentiras en los que se arrastra. Toda mi vida literaria ha sido dirigida por esta convicción. Soy sordo a las voces de los críticos que me piden que formule las leyes de la herencia en los personajes y las de la influencia de los medios; los que me hacen estas objeciones negativas y descorazonadoras, las hacen sólo por pereza de espíritu, por obstinarse en la tradición, por inclinación más o menos consciente hacia unas creencias filosóficas y religiosas... La dirección experimental que toma la novela en la actualidad es definitiva. En efecto, no se trata de la influencia efímera de un sistema personal cualquiera; se trata del resultado de la evolución científica, del estudio del hombre. Estas son mis convicciones que intento que penetren en el espíritu de

los jóvenes escritores que me leen, pues opino que es necesario, ante todo, inspirarles el espíritu científico e iniciarles en las nociones y tendencias de las ciencias modernas.»

V

Antes de concluir, me quedan diversos puntos secundarios por tratar.

Sobre todo, hay que precisar el carácter impersonal del método. Se reprochaba a Claude Bernard de adoptar poses de innovador y él contestó con toda su razón: «Ciertamente, no tengo la pretensión de haber sido el primero en proponer la aplicación de la fisiología en medicina. Hace mucho tiempo que esto se recomienda y se han hecho muchas tentativas en este aspecto. En mis trabajos y con mi enseñanza en el Colegio de Francia, no hago más que mantener una idea que ya ha dado sus frutos en su aplicación a la medicina.» Esto es lo que también he contestado yo cuando se ha pretendido que me consideraba un innovador, el creador de una escuela. He dicho que no aportaba nada, que intentaba, simplemente, aplicar el método científico, en uso desde hace tanto tiempo, en mis novelas y en mi crítica. Pero, naturalmente, han aparentado no entenderme y han continuado hablando de mi vanidad y de mi ignorancia.

Las cosas que yo he repetido veinte veces, que el naturalismo no era una fantasía personal, que era el movimiento de la inteligencia del siglo, también lo dice Claude Bernard con más autoridad, y quizá a él se le creerá. «La revolución que el método experimental —escribe— ha operado en las ciencias, consiste en sustituir la autoridad personal por un criterio científico. El carácter del método experimental reside en concretarse en sí mismo, porque contiene en sí su criterio, que es la experiencia. No reconoce más autoridad que la de los hechos, y se libera de la autoridad personal.» Por consiguiente, basta de teorías. «La idea debe permanecer siempre independiente, no hay que encadenarla ni por medio de creencias científicas, filosóficas o religiosas.

Hay que ser atrevido y libre en la manifestación de las ideas, mantener el sentimiento y no detenerse demasiado delante de temores pueriles de la contradicción de las teorías... Hay que modificar la teoría para adaptarla a la naturaleza y no la naturaleza para adaptarla a la teoría.» De ahí se deduce una amplitud incomparable. «El método experimental es el método científico que proclama la libertad del pensamiento. No sólo sacude el yugo filosófico y teológico, sino que tampoco admite ninguna autoridad científica personal. Esto no es orgullo ni jactancia; por el contrario, el experimentador hace acto de humildad al negar la autoridad personal, pues también duda de sus propios conocimientos y somete la autoridad de los hombres a la de la experiencia y de las leyes de la naturaleza.»

Por eso he dicho tantas veces que el naturalismo no es una escuela, que, por ejemplo, no se encarna en el genio de un hombre ni en las locuras de un grupo, como lo hace el romanticismo, sino que consiste simplemente en la aplicación del método experimental al estudio de la naturaleza y del hombre. Según esto, no existe más que una vasta evolución, una marcha hacia adelante en la que todo el mundo es obrero, según su genio. Se admiten todas las teorías y la teoría que explica la mayor cantidad de cosas es la que se lleva la ventaja. No parece haber una vía literaria y científica más amplia ni más recta. Todos, los grandes y los pequeños, se mueven libremente en ella, trabajan en la investigación común, cada uno en su especialidad, y no reconocen más autoridad que la de los hechos, probada por la experiencia. Así pues, en el naturalismo no podría haber ni innovadores ni creadores de escuelas. Hay, simplemente, trabajadores más poderosos los unos que los otros.

Claude Bernard expresa así la desconfianza que se debe mantener frente a las teorías. «Es necesario tener una fe robusta y no creer; me explicaré diciendo que, en ciencia, hay que creer firmemente en los principios y dudar de las fórmulas; en efecto, por una parte estamos seguros de que el determinismo existe, pero no estamos seguros de tenerlo. Es preciso estar firmemente sobre los principios de la

ciencia experimental (determinismo) y no creer en absoluto en las teorías.» También citaré el pasaje siguiente en el que anuncia el fin de los sistemas. «La medicina experimental no es un nuevo sistema de medicina, sino, al contrario, la negación de todos los sistemas. En efecto, el advenimiento de la medicina experimental tendrá como resultado la desaparición de todas las visiones individuales en ciencia para remplazarlas por teorías impersonales y generales que, conio en las otras ciencias, no serán más que una coordinación regular y razonada de los hechos que la experiencia proporcione.» Lo mismo ocurrirá con la novela experimental.

Si Claude Bernard niega ser un innovador, un inventor que aporta una teoría personal, igualmente habla varias veces del peligro que representaría para un sabio el preocuparse por sistemas filosóficos. «Para el experimentador fisiólogo —dice— no puede haber ni espiritualismo ni materialismo. Estas palabras pertenecen a una filosofía natural que ha envejecido, y han caído en desuso por el progreso de la ciencia. No conoceremos nunca ni el espíritu ni la materia, y si ello tuviera lugar, demostraría fácilmente que, desde cualquier parte, se llega pronto a negaciones científicas, de lo cual resulta que todas las consideraciones de este tipo son ociosas e inútiles. Para nosotros sólo existen fenómenos por estudiar, condiciones materiales de sus manifestaciones por conocer y leyes de estas manifestaciones por determinar.» Ya he dicho que, en cuanto a la novela experimental, lo mejor era atenernos a este punto de vista estrictamente científico si queremos basar nuestros estudios sobre un terreno sólido. No salir del *cómo*, no preocuparse por el *porqué*. Sin embargo, es cierto que no siempre podemos escapar a esta necesidad de nuestra inteligencia, a esta curiosidad inquieta que nos impulsa a querer conocer la esencia de las cosas. Creo que entonces necesitamos aceptar el sistema filosófico que mejor se adapte al estado actual de las ciencias, pero simplemente desde un punto de vista especulativo. Por ejemplo, el transformismo es el sistema más racional de la actualidad, el que se basa más directamente sobre

nuestro conocimiento de la naturaleza. Detrás de una ciencia, detrás de cualquier manifestación de la inteligencia humana, hay siempre, diga lo que diga Claude Bernard, un sistema filosófico más o menos claro. Se puede no ser un adicto devoto de este sistema y atenerse a los hechos, a riesgo de tener que modificar el sistema si los hechos lo exigen. Pero el sistema no por ello deja de existir, existe tanto más en cuanto que menos avanzada y menos sólida sea la ciencia. Para nosotros, novelistas experimentadores, que todavía balbucimos, la hipótesis es fatal. A continuación me ocuparé del papel de la hipótesis, en la literatura.

Por otra parte, si Claude Bernard rechaza los sistemas filosóficos en su aplicación, reconoce la necesidad de la filosofía. «Desde el punto de vista científico, la filosofía representa la inspiración eterna de la razón humana hacia el conocimiento de lo desconocido. Según lo dicho, los filósofos se ocupan siempre de las cuestiones en controversia y de las regiones elevadas, límites superiores de las ciencias. Por este medio, comunican al pensamiento científico un movimiento que lo vivifica y ennoblece; fortalecen el espíritu desarrollándolo por medio de una gimnasia intelectual general al mismo tiempo que le conducen incesantemente hacia la solución inagotable de los grandes problemas; de esta manera, mantienen la sed de lo desconocido y el fuego sagrado de la investigación que nunca deben extinguirse en un sabio.» El pasaje es hermoso, pero nunca se ha dicho a los filósofos en mejores términos que sus hipótesis son pura poesía. Claude Bernard considera, evidentemente, a los filósofos, entre los cuales se enorgullece de tener muchos amigos, como a músicos a veces con talento, cuya música alenta a los sabios durante su trabajo y les inspira el fuego sagrado de grandes descubrimientos. En cuanto a los filósofos, confiados, cantarían continuamente y no encontrarían nunca una verdad.

Hasta el momento he descuidado la cuestión de la forma del escritor naturalista porque es precisamente la forma la que especializa la literatura. Para el escritor, el genio no se encuentra solamente en el

sentimiento, en la idea *a priori*, sino también en la forma, en el estilo. Únicamente la cuestión de método y la cuestión de retórica son distintas. Y el naturalismo, lo repito, sólo consiste en el método experimental, en la observación y la experiencia aplicadas a la literatura. Por el momento, la retórica no tiene nada que ver aquí. Fijemos el método, que debe ser común, y después aceptemos en las letras todas las retóricas que se produzcan; considerémoslas como las expresiones de los temperamentos literarios de los escritores.

Si se quiere saber mi opinión, creo que en la actualidad se da una preponderancia exagerada a la forma. Tendría mucho que decir al respecto; pero ello sobrepasaría los límites de este estudio. En el fondo, creo que el método atañe a la forma, que un lenguaje no es más que una lógica, una construcción natural y científica. Quien escribirá mejor no será quien galope más localmente entre las hipótesis, sino quien camine recto entre verdades. En la actualidad estamos podridos de lirismo, creemos equivocadamente que el gran estilo consiste en una turbación sublime, siempre cercana a caer en la demencia; el gran estilo está hecho de lógica y claridad.

También Claude Bernard, que asigna a los filósofos un papel de músicos que tocan la Marsellesa de las hipótesis, mientras que los sabios se lanzan al asalto de lo desconocido, se hace más o menos la misma idea de los artistas y de los escritores. He notado que muchos sabios, y algunos de los más grandes, muy celosos de la certeza científica que detentan, quieren encerrar también a la literatura en el ideal. Parecen sentir la necesidad de una recreación de la mentira, después de sus trabajos exactos, y se libran a las hipótesis más arriesgadas, a las ficciones que ellos saben que son falsas y ridículas. Es como si permitieran que se les toque una melodía de flauta. Así, Claude Bernard ha tenido razón en decir: «Las producciones literarias y artísticas no envejecen nunca, en el sentido que son expresiones de sentimientos inmutables como la naturaleza humana.» En efecto, es suficiente la forma para inmortalizar una obra, el espectáculo de una indivi-

dualidad poderosa interpretando la naturaleza en un lenguaje soberbio será interesante en todas las épocas; y se leerá también a un gran sabio desde este mismo punto de vista porque el espectáculo de un gran sabio que ha sabido escribir es tan interesante como el de un poeta. Este sabio, que habrá tenido a bien caer en las hipótesis, permanece en una base de igualdad con el poeta, que seguramente ha caído de la misma manera. Hay que decir que nuestro terreno no está hecho únicamente de sentimientos inmutables como la naturaleza humana, puesto que falta hacer marchar el verdadero mecanismo de estos sentimientos. No hemos agotado nuestra materia por el hecho de haber descrito la cólera, la avaricia, el amor; la naturaleza y el hombre entero nos pertenecen, no sólo en sus fenómenos, sino también en las causas de estos fenómenos. Sé muy bien que éste es un campo inmenso cuya entrada se nos ha querido obstruir; pero nosotros hemos roto las barreras y en la actualidad triunfamos en él. Es por esto que no acepto las palabras siguientes de Claude Bernard: «En las artes y en las letras la personalidad lo domina todo. Se trata de una creación espontánea del espíritu, y esto no tiene nada en común con la constatación de los fenómenos naturales, en los cuales nuestro espíritu no tiene que crear nada.» Con estas palabras he sorprendido a uno de los más ilustres sabios negando a las letras la entrada en el terreno científico. No sé a qué letras se refiere cuando define una obra literaria: «Una creación espontánea del espíritu que no tiene nada en común con la constatación de los fenómenos naturales.» Sin duda, piensa en la poesía lírica, pues no hubiera escrito esta frase si hubiera pensando en la novela experimental, en las obras de Stendhal y de Balzac. No puedo más que repetir lo que ya he dicho: si dejamos aparte la forma y el estilo, el novelista experimentador no es más que un sabio que utiliza los instrumentos de otros sabios, la observación y el análisis. Nuestro terreno es el mismo que el de los fisiólogos, si no más vasto. Como él, operamos sobre el hombre, pues todo induce a creer, y el propio Claude Bernard lo reconoce, que los fenó-

menos cerebrales pueden ser determinados como los otros fenómenos. Es cierto que Claude Bernard puede decirnos que flotamos en puras hipótesis; pero haría mal en concluir que no llegaremos nunca hasta la verdad, pues él mismo ha luchado toda su vida para hacer una ciencia de la medicina, a la que la mayoría de sus colegas consideran como un arte.

Definamos ahora con claridad al novelista experimentador. Claude Bernard define al artista de la siguiente manera: «¿Qué es un artista? Es un hombre que realiza, por medio de una obra de arte, una idea o un sentimiento que le es personal.» Rechazo totalmente esta definición. Así, si yo representara a un hombre que camina con la cabeza para abajo, habría hecho una obra de arte en el caso de que éste fuera mi sentimiento personal. Sería un loco y nada más. Hay que añadir, pues, que el sentimiento personal del artista está sometido al control de la verdad. De esta manera llegamos a la hipótesis. El artista parte desde el mismo punto que el sabio; se coloca frente a la naturaleza, tiene una idea *a priori* y trabaja según esta idea. Solamente se aparta del sabio si lleva su idea hasta el final, sin verificar su exactitud por medio de la observación y la experiencia. Se podrían denominar artistas experimentadores a aquellos que tuvieran en cuenta la experiencia; pero entonces se diría que, desde el momento en que se considera el arte como la suma de error personal que el artista pone en su estudio de la naturaleza, éste dejaría de serlo. He constatado que, a mi entender, la personalidad del escritor no puede encontrarse en la obstinación de lo falso. Admito que se encuentre en la hipótesis, pero, a ver si nos entendemos.

Se ha dicho a menudo que los escritores deben facilitar el camino a los sabios. Es cierto, pues acabamos de ver, en la *Introduction*, como la hipótesis y el empirismo precedían al estado científico, que se establece en último lugar a través del método experimental. El hombre ha empezado por arriesgar algunas explicaciones de los fenómenos, los poetas han expresado sus sentimientos y los sabios han controlado, a continuación, las hipótesis y han

fijado la verdad. Claude Bernard asigna el papel de pioneros a los filósofos. Este es un noble papel, y los escritores tienen el deber, todavía hoy, de desempeñarlo. Es evidente, sin embargo, que siempre que una verdad sea fijada por los sabios, los escritores deben abandonar inmediatamente su hipótesis y adoptar dicha verdad; de lo contrario, permanecerían en el error sin querer oír razones y sin beneficio para nadie. Así es como la ciencia, a medida que avanza, nos proporciona, a nosotros escritores, un sólido terreno sobre el cual debemos apoyarnos para lanzarnos hacia nuevas hipótesis. En una palabra, todo fenómeno determinado destruye la hipótesis que remplace y es necesario, entonces, transportar más lejos dicha hipótesis, en lo desconocido nuevo que se presenta. Pondré un ejemplo muy simple para darme a entender mejor: está demostrado que la tierra da vueltas alrededor del sol; ¿qué se pensaría de un poeta que adoptara la antigua creencia de que el sol da vueltas alrededor de la tierra? Evidentemente, si el poeta quiere arriesgar una explicación personal de un hecho deberá escoger un hecho cuya causa no se haya probado todavía. He aquí, pues, lo que debe ser, para nosotros, novelistas experimentadores, la hipótesis; debemos aceptar estrictamente los hechos determinados, no aventurar sobre ellos unos sentimientos personales que resultarían ridículos, apoyarnos totalmente en el terreno conquistado por la ciencia; y ejercer nuestra intuición únicamente frente a lo desconocido, preceder a la ciencia, arriesgándonos a equivocarnos y considerarnos felices si aportamos documentos para la solución de los problemas. Por otra parte, sigo fiel al programa práctico de Claude Bernard, que se ha visto obligado a aceptar el empirismo como un tanteamiento necesario. Así, en nuestra novela experimental, podemos perfectamente arriesgar hipótesis sobre las cuestiones de la herencia y sobre la influencia de los medios, después de haber respetado todo lo que hoy sabe la ciencia sobre la materia. Nosotros prepararemos las vías, proporcionaremos hechos de observación, documentos humanos que podrán ser muy útiles. Un gran poeta lírico se quejaba última-